

to: «Almorzamos, como era natural, copiosamente en el primer restaurant que se nos presentó a las narices» (Pág. 45). «...cualquier ramplón pela-cebollas...» «Pues a movernos todos, más o menos acompasaadamente, más o menos como ramereros de pueblo o mozos de cordel!» (Pág. 31). «Ninguna verdad tiene contenido. Todas son huecas, enormemente huecas, vacías y hediondas» (Pág. 42).

No es que creamos que en una novela sólo se deban decir lindezas. Es que, como ya dijimos, aquí casi no hay novela. A esta misma conclusión llegará todo el que se lance a través de estas páginas «río arriba» y cuando alcance al final desconcertante. Entonces prácticamente lamentará haberse visto obligado a leer muchas páginas de comentarios banales, de frases altisonantes, de elucubraciones indecisas, con muy breves chispazos de verdadera literatura: en fin, todo un fárrago de cosas que, de tener ingenio, fuera humorismo, al menos.—*Nestali Agrella*.

POESIA

CIUDAD DE BRONCE, por *Fernando Binvignat*.

En la olorosa y bella tierra serense, este poeta delicado y romántico que es Fernando Binvignat vive su canción y su vida. Su noble oficio de maestro, cumplido con amor fervoroso, le va ganando almas, mientras el encaje de su estrofa pone una inquietud en el sosiego provinciano.

Esta *Ciudad de Bronce* (1), tan

(1) Cuadernos de poesía. — Empresa Letras. Santiago, 1932.

íntima a pesar de su título resonante, es ya la obra madura de un poeta que domina la forma y sabe lo que canta. Y aunque ha visto el desenvolvimiento de las escuelas de vanguardia, sólo ha tomado de ellas el vuelo de la imagen sugerente. Su temperamento le ha puesto a salvo en esta pretendida y fracasada revolución poética.

En *Las torres de mi ciudad* logra Fernando Binvignat tal sencillez artística, unida a una tan fuerte y emocionada evocación, que el poema es sencillamente maestro.

Torre de San Agustín,
tus viejas campanas
repican en gris.

Tu campana grande va surcando el
[día.

¡Oh claro recuerdo de Booz
y de Ruth moabita!

Torre de los Misioneros,
tu campana es
un anillo de oro en el viento.

Un anillo de oro en el viento:
la corona de un salmo
o la guirnalda del evangelio.

La opaca vida colonial de Chile, sin otras sorpresas que los cuartelazos periódicos y vergonzosos de los últimos años, ha tenido en los seis meses que acaban de irse dos grandes revelaciones literarias: *Ausencia*, de Torres Rioseco, y esta *Ciudad de Bronce* que sólo hemos podido comentar a la ligera.

FUEGO A BORDO, por *José María Souviron*.

Anclado en Chile desde hace algún tiempo, el escritor español de

este *Fuego a bordo* (1) ha desarrollado entre nosotros una constante y meritoria labor literaria. El ensayo, la nota crítica, el verso, todo cae bajo su pluma trabajadora y afiebrada, dando con ello una clara y firme lección de esfuerzo a nuestra pereza criolla.

Este libro de versos que ha publicado en Chile nos muestra la riqueza de su vocabulario y sus grandes condiciones descriptivas; pero sólo por momentos asoma a su estrofa la emoción de vivir.

Hay en este poeta un afán de no mostrarse, tal vez por la influencia bien marcada que han dejado en su verso los cacareados dónines líricos de la hora, que él admira con arrebatado, al par que desdeña a Rubén Darío con displicencia que hace reír.

Para nosotros, acaso un poco retrasados frente al cambiante panorama de los conceptos poéticos actuales lo que más vale en la obra de Souvirón es lo que ha escrito a regañadientes, todo eso que le sitúa entre los modernistas, alejándolo no poco de los que gritan y gesticulan en la vanguardia.

El *Intermedio* de su libro, esas estampas de paisajes lejanas recordadas en el mar, nos parecen lo más logrado y lo que dice más de su temperamento poético, que él está empeñado en desviar hacia modalidades que tal vez no perduren.

DESIGNIO. Poemas, por *Carlos Barrera*.

En edición de lujo desusado en

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

América, Carlos Barrera publica su primer libro.

No alcanza a ser modernista, y sólo pretende, con algunas variaciones ortográficas que ya no constituyen novedad, acercarse a los poetas de vanguardia. Está lejos de Rubén, y está lejos de estos «otros». Pero su libro queda junto a los de muchos hombres que no son poetas.

No tiene este *Designio* (1) la inextinguible llama interior que siempre quema en la estrofa de los poetas auténticos, ni hay en el corte de su verso una línea que haga presentir obra futura de mayor vuelo.

Espigando en las noventa páginas de este libro lujosísimo, apenas si hemos hallado, perdida entre la hojarasca de versos y de versos, esta estrofa, que sin ser una maravilla, hace perdonar el costo de la edición:

En sueño soñaba un sueño.
¡Si lo volviera a soñar!
Tus manos eran destino,
tus ojos eternidad.

COLORS DEL JÚBILLO. Poemas, por *Jorge E. Ramponi*.

Tiene la ciudad de Mendoza un movimiento literario bien apreciable. Hay en ella varios poetas de mérito y prosistas de estirpe tan clara como Ricardo Tudela. Este verdadero fenómeno de la provincia argentina no se repite en ninguna ciudad chilena, excepción hecha de la capital.

De allá nos viene este *Colores del júbilo* (2), obra de un poeta nuevo, Jorge Enrique Ramponi.

(1) Mundial, Miravalles. México. 1932.

(2) Editorial Almafuerce, Mendoza. Argentina 1933.